



**RAÚL EDUARDO IRIGOYEN**

## **LA ESCRIBANÍA**

**y otros cuentos**

### **ÍNDICE**

La Escribanía

Ella

La Boca del Gato

Números

Los Ancianos

La Tapera

El Matón del Pueblo

La Lagartija

### **LA ESCRIBANÍA**

Era una hermosa escribanía, de plata maciza con figuras alusivas y arabescos en oro; uno de los signos del poder. El silencio de la noche se había adueñado del despacho. Los ojos del hombre recorrieron, una a una, las figuras esculpidas en ella, dibujándolas con su mirada. Me hubiera gustado ser pintor, pensó; una vida distinta, más útil y creativa. De pronto recordó sus balbuceos en la literatura y acarició el gastado lomo del libro de Cicerón, que lo acompañaba desde adolescente.

La escribanía refulgía, aún en la escasa luz del cuarto y sus lapiceras se erguían amenazantes. Le parecieron mástiles de un velero, prontas a zarpar. Tomó una de ellas y firmó la última nota.

Cerró la tapa del tintero y colocó sobre él una moneda. Se arrepintió y la puso en su bolsillo (“me será útil”, pensó; el pago para Caronte). Dirigió su mirada hacia el bello escudo de la escribanía, deteniéndose unos segundos en sus laureles. Luego de un largo minuto se sintió un estampido... Al día siguiente, alguien comentó haber visto su delgada figura cruzando la plaza. Otro encontró la escribanía rota al lado de una pared.

## **ELLA**

Vi su foto en un ventanero de ropasero. Sentada en el cordón de la vereda, desguarnecida, en actitud distraída, con telón de mil colores de vestidos colgando. Figuraba displicente, pero sé que esperaba. Quizás un hallazgo o la llegada. A su alrededor la vida bullía. Ella dudaba. No lloraba aún. Relajada, a su alrededor la amaban. Todos esperaban. Ella no sabía. No conocía el querer de los demás. No creía en sí. Un rojo vestido cayó, con pálidas murmuraciones. La sorprendió. Su largo pelo flotó hacia él. Luego, recorrió la pila, sorprendida de hallarlos otra vez. Sonrió. Se reconoció. Poco a poco. Supo, que la esperanza no era tal. Para qué esperar. Desdeñó a los demás. A sus posibles amantes. Se levantó y perdió entre la gente. Quedó un vacío. Se transmitió a los demás. A quienes la esperaban. Ellos, se sentaron en el cordón de la vereda. A estar. Yo también. Me fui. Volvía buscarla. Esperé, otra vez sentado. Las ropas eran nuevas. Tristes por la ausencia. Al tiempo una sombra pasó. Era la de ella. Sólo su sombra. Llegaría y la sombra sumaría. No. La sombra se fue. Negra, gris, pálida, blanca casi. Volveré soñarte, mujer que me buscas en noches. Días y días. Sin noticia. Ya no te sueño. Me olvidas. Descuidas. Se truncan mis años. Recuerdos flotan en densas nubes. Los siento, veo, espero más y llegan siempre. Tú. Me agoto y debilito. Perdí tu fuerza. Los años son reales. Me olvidas. No te encuentro. Nada será igual. Espero sólo verte. Nacer otra vez. Me alimenta la memoria. Cascadas telefónicas. Versos y flores. Lluve y lloro. Lloro y llueve. Agua vertida, florecen las tristezas.

## **LA BOCA DEL GATO**

Así se denomina a un sector del Delta del Tigre, provincia de Buenos Aires, Argentina, por su curiosa forma, tal la boca de un felino. Lugar de

siniestra fama, da comienzo a un ramal de agua que se interna en la espesura más agreste e inhóspita de esa región. Quienes se aventuran en tal misterioso lugar, podrán navegar sin encontrar seres humanos y solamente algunas antiguas y desoladas viviendas, taperas y restos de derruidas embarcaciones en las orillas. Seguramente habrán escuchado oscuras leyendas sobre el lugar y tendrán conocimiento de versiones sobre figuras fantasmales, aparecidos y muertos que se multiplican, entre quienes osan perturbar el lugar con sus presencias. Generalmente, quienes se atreven a cursar ese sitio, no penetraran demasiado y regresaran al poco tiempo, con la íntima sensación de un intento fallido. Algunas personas efectuaron todo su recorrido pero, sin embargo, se niegan a relatar esa experiencia, advirtiéndose su nerviosidad al tocar el tema. Cunde el misterio y distintas versiones lo agravan. Refugio de bandoleros, asesinos, existencia de esclavos, zombies, cultos secretos con sacrificios humanos, vampiros y muchas otras versiones que alejan a los curiosos y dan pie a todo tipo de conjeturas. Pero, lo real es que se trata de un zona muy alejada de la civilización y propicia para todo tipo de situaciones, sean o no ciertos algunos de esos dichos; pero el sentimiento general es que algo existe y mejor no aventurarse. Allí, Nicanor Rojas, hombre del río, de pocas palabras y con fama de bravo, aceptó la apuesta de realizar una completa navegación nocturna, atravesando ese brazo de agua hasta la distante desembocadura, en total más de cien kilómetros, que incluían muchos recodos y angostos pasajes. Ya era noche avanzada cuando llegó, con su lancha, a la embocadura y comenzó la travesía. Ufano, despreciando las leyendas, sabedor de su coraje, tomo un trago de vino tinto y con una sonrisa despreciativa encaró el viaje, a una corta velocidad de 10 nudos, para evitar el choque con objetos hundidos. Estimó que en poco tiempo culminaría el pasaje. Avanzaba, ciertamente avanzaba, pero sucedía algo extraño. La noche cerrada, sin luz lunar, impedía una visión precisa de la costa que, no obstante el auxilio del reflector de la lancha, se asemejaba siempre idéntica, con los mismos ramajes enmarañados. Nunca le había gustado la noche y comenzaba a ponerse nervioso, lamentando haber aceptado la apuesta. Intrigado, se detuvo, apagó el motor, las luces, y se quedó escuchando. Un silencio total, hasta que empezó a llover y escuchó un llanto que se multiplicaba a momentos. Será un Urutaú pensó, tratando de aliviarse, pero era tan humano que decidió reemprender la marcha y tratar de olvidarse de esa fea impresión. Más adelante, debió detenerse nuevamente para mirar unos fuegos que se observaban en una de las costas, alejados hacia el interior. No es producido por el gas de los pantanos, se aseguró, ya que estos que veo se mueven de una forma distinta y adquieren diversas figuras. Apuró el último trago de vino que le quedaba y advirtió que su mano temblaba sobre el volante. Debe ser cansancio se dijo, para tranquilizarse, pero un sudor frío comenzaba a perlar su frente. Aumentó la

velocidad a riesgo de encallar y, de golpe, varias alas rozaron su cabeza y cuerpo, encontrándose envuelto en decenas de murciélagos, que cual custodios del río lo acechaban. Serán los vampiros pensó preocupado, mientras los ahuyentaba, recordaba las leyendas y maldiciones y la fría adrenalina recorría su cuerpo. Con su corazón galopando dio un brusco giro al volante haciendo que la lancha chocara con la costa y quedara parada, momento en que las luces, al iluminar la parte boscosa, reflejara muchos ojos rojos. ¡La maldición de los monstruos, de la que le hablaban de chico! Rápidamente prendió el motor y en reversa desencalló, volviendo luego, a mucha mayor velocidad a seguir camino, chocando muchas veces con troncos semisumergidos. Así, desesperado, no pudiendo ya regresar, tuvo que seguir adelante sollozando y espantando a los vampiros que querían chuparle la sangre, recordando todos sus miedos infantiles que una supuesta bravura había ocultado, hasta ese momento. Al llegar a la desembocadura, La Cola del Gato le decían, ya de mañana, se encontró con sus amigos que lo esperaban para saber lo sucedido. Componiéndose dijo que todo había estado bien, no queriendo dar explicaciones, pero su rostro lo traicionaba. Sus conocidos advirtieron los daños, golpes y arañazos, que presentaba la lancha y comprendieron. Al poco tiempo, Nicanor Rojas, el bravo, se mudó, no regresando jamás a ese lugar.

## NÚMEROS

*“Mis Generales están sometidos a la imagen de revistas militares y dicen que están en orden solamente los objetos que no difieren unos de otros. Así, si se les dejara hacer perfeccionarían los libros. Las aes juntas, las bes juntas, las ces juntas...y, de esta manera, dispondrían de un libro bien ordenado.”*

Antoine de Saint –Exupery

Ciudadela

XXII

Todo comenzó una tibia tarde de primavera, cuando el verde nuevo resplandecía en los árboles y una suave brisa del norte acercaba el aroma de las sierras. Una inmensa serpiente verde oliva se deslizaba por los campos, reptando, trepando, corriendo y marchando. ¡AL-TO! ¡FORMAR -SE CARRERA MARRR! Ordenó, vociferando el sargento Cáceres. Abruptamente la cansada serpiente se detuvo y de ella salieron cientos de hombrecitos color caqui que, obedientemente, se fueron colocando en posición de firmes. ¡VISTA DERECHAS! ¡NUMERARSE!, prosiguió el

sargento y Uno, dijo el primero, Dos prosiguió el segundo y así, sucesivamente, como era habitual en ese ordenado cuartel los soldados se fueron numerando hasta que el último anunció Trescientos Veintitrés. En ese momento el Coronel Méndez, inquieto por un día tan bello, ordenó PROSEGUIR NUMERÁNDOSE y su estruendosa y temida voz resonó en todo el cuartel, multiplicándose por los ecos de las montañas. NUMERARSE gritaron entonces los cabos, sargentos, tenientes, capitanes y demás oficialejos. NUMERARSE repitieron los maestros de las escuelas vecinas, también habituados a esas prácticas con los alumnos. NUMERARSE los policías del pueblo vecino, niños exploradores, bomberos y vecinos acostumbrados al mando militar. NUMERARSE alborozados los contadores, informáticos y matemáticos. NUMERARSE dijeron los políticos, ansiosos por mejorarse y quedar bien con los militares. ¿AHORA TODOS NOS NUMERAMOS? se preguntaron los jubilados y así lo hicieron millones de ellos, con los números previsionales. Una fiebre invadió a la población, que buscaba el orden, cansada del desorden. A partir de entonces cada ciudadano se transformó en un número y por números se identificaron las calles. Poco a poco el afán numérico intervino la gramática y desplazando algunas palabras se comenzó a hablar con números, reemplazando a muchas de ellas. Siguiendo el criterio castrense los hombres eran IMPARES y las mujeres PARES, pero la sabiduría popular llegó más lejos, pues de acuerdo a sus características físicas se asignaba un prefijo de entre 1, 3, 5, 7 y 9 para los hombres, a las mujeres se las ubicaba entre 2, 4, 6, 8; en tanto que el 0 se reservaba para los hombres gordos y 00 para las mujeres gordas. Las formas de cada uno, una o unes, como se decía antes de este cambio, podían alterarse a pedido, si invocaban el sistema 555-898-5050897078934, impreso mediante la oficina 111111111-898976856473849. Pasaron unos años con el nuevo Orden y una tarde estival, cuando las sierras se encontraban acompañadas por la plenitud azul, de un cielo libre de nubes, la serpiente verde oliva seguía corriendo por los campos, pero ahora integrada por nuevos reclutas. Al frente, ágil y marcial, con su espléndido intelecto gimnasta saltaba nuestro antiguo Coronel, ahora 58.678. De pronto se detuvo y gritó ¡TROPA ALTO! ¡FORMARSE! ¡VIS-TA DERE-CHA! ¡NUMERARRR-SE! La tropa, obediente como siempre se detuvo y formó; luego, impecablemente, como corresponde a un ejército inteligente; los soldados comenzaron a numerarse: 5.849, 44, 34.521, 6, 18.666, 1,256.... Atónito, el Coronel comenzó a barbotear un grito, que quedó inarticulado al recordar que el Alto Mando de los 88, a cargo del Superior Gobierno de la Nación había dispuesto, para evitar errores, que cada soldado, cada persona, cada ciudadano, sólo debían pronunciar su número para identificarse, El Coronel 58.678, ya transformado en un ser de color rojo

escarlata, se desplomó inerte y automáticamente la Central de Traslaciones 55 lo borró de su numeral.

## LOS ANCIANOS

Habían llegado con más de media hora de anticipación, como de costumbre los mayores prevén los tiempos. No se conocían. Dos mujeres y dos hombres. La intimidad del consultorio, por su pequeñez, el atraso del médico y la presencia de la afable asistente, persona adulta, facilitó la conversación. Se extendió un largo rato y, de forma habitual en viejos, intercambiaron motivos de sus consultas, dolencias, trastornos, nombres de remedios, recomendaciones de profesionales y soluciones encontradas en internet. También, la consabida queja de la exclusión por parte de los jóvenes, aún familiares que no les prestan la debida atención. Ya eran amigos, con intereses comunes. Uno de ellos, el más longevo, cambiando el triste espíritu reinante, comentó, jocosamente, que los gerontes, cuando se saludan, en vez de decir los acostumbrados “buenos días o tardes”, siempre se dirigen a sus contemporáneos con un “¿cómo estás?” o “¿te sentís bien?” o “¿cómo dormiste?” o “¿tenés dolores?”. El comentario festivo distendió la conversación y cual un conjuro los rostros cambiaron, rejuvenecieron. Quien había realizado la broma, preguntó “¿A qué se dedican?”. Luego de unos segundos de silencio, una de las “chicas” tomó la palabra y comentó que desde hacía muchos años era profesora de yoga y tenía un Instituto que dirigía. La otra no se quedó atrás y relató que, además de sus funciones como abuela, se dedicaba al arte pues era experta en trabajos en vitreaux, estilo Tiffany, que le llevaba varias horas al día con excelentes resultados económicos. Quien modificara la conversación, se presentó como juez jubilado y responsable de una ONG, que presidía desde hacía años. Los tres miraron al cuarto que dijo ser arquitecto y asesor de empresas. La secretaria que, en cierta forma, había participado también de la reunión, explicó que su tarea le llevaba bastante tiempo, pero los años no le pesaban en la misma. Al rato llegó el atrasado y la secretaria, que resultó su esposa, ingresó con él a su despacho. Al rato salieron los dos y el médico, luego de reiterar disculpas por la tardanza, se congratuló de la misma, pues había permitido que sus pacientes se conocieran y advirtieran como, si bien las edades producen conflictos, ellos las superan con actividades útiles para sí mismos y para la sociedad. También que muchas personas más jóvenes, no tienen ni la vitalidad ni los deseos de proseguir en la vida,

como los allí reunidos. Luego de algunos consejos, comenzó a atender a los pacientes.

## LA TAPERA

Siempre me han gustado las taperas. Ya sean ranchos o casas encumbradas, abandonados a su suerte. Con mezcla de curiosidad y respeto, por quienes allí vivieron, he incursionado en muchas, pasando horas en varias de ellas. No se crea que mi deseo es malsano. Todo lo contrario. Se trata de una conducta, casi ritual, mediante la cual, acompañado por una emoción, trato de pensar en las personas que las habitaron, sus últimos momentos en esos lugares y los motivos por los cuales las dejaron.

Hace unos años, muchos, me encontraba acampando, solo, en las altas cumbres de Achala, en la provincia de Córdoba, cuando luego de una agotadora jornada de caminata, acerté a encontrarme frente a una de ellas, al lado de un pequeño arroyo. La rodeaban una veintena de hermosos y grandes mimbres. Se trataba de un rancho, muy bien edificado, con piso de cemento y de tres ambientes, baño y cocina, con sendas ventanas de madera. Lucía una pequeña cruz, también de ese material, en la sala principal. Al ingresar, aunque no soy creyente, me hice la señal de la cruz, en solidaridad con sus antiguos ocupantes que la colocaron.

Advertí que menguaba la tarde y no había tenido tiempo de armar mi carpa, por lo cual decidí hacer noche en ese lugar. Así las cosas, luego de un refrigerio y vencido por cansancio me quedé dormido, en un rincón de la sala.

Los entendidos dicen, que los sueños transcurren en segundos, cuando, al parecer, son horas. Pues, así me sucedió, personajes fantasmales me invadieron, sintiendo que no podía despertar. Me sentía atrapado en diferentes situaciones, sucediéndose una tras otra. Aún, ahora, recuerdo perfectamente cada una de ellas y no deseo reproducirlas. Pero, con seguridad, algo tenía que ver con el rancho. Así lo sentía en ese momento. De pronto, abrí los ojos y me invadió una gran sensación de angustia y tristeza. Entonces, comprendí que esas paredes conservaban grandes dolores de quienes partieron y yo, en ese momento los estaba aceptando, en beneficio de aquellos. Eran las cinco de la madrugada y, como estaba clareando tomé mi equipo y me retiré de la tapera con gran congoja. Nunca más volví a ingresar a otra. Mi misión estaba cumplida.

## EL MATÓN DEL PUEBLO

En un lejano pueblito de La Rioja, al pie de una cadena montañosa, con sus calles adornadas por sauces y alimentados por acequias, la vida transcurría placenteramente, salvo por un personaje que nunca falta como para empañar la bonanza. Me refiero al matón del pueblo, con fama de malvado y a quien las autoridades no habían logrado componer, si bien en algunas oportunidades había conocido la cárcel. Cipriano Funes, tal era su nombre, se empeñaba en hacerse notar y molestar a las personas más débiles, como es habitual en ese tipo de sujetos. Si bien tenía algunos seguidores, la mayoría de los vecinos lo despreciaban y evitaban, para no tener disgustos. Resulta que Cipriano tenía un enemigo, al cual no se le había atrevido por ser un hombre fuerte. Era Carlos Medina, el herrero del pueblo, persona muy trabajadora, buena y generosa. Pero, a los buenos y mansos también les llega el final y, lamentablemente se fue mucho antes de tiempo. Un accidente le costó la vida y se lo enterró con gran dolor en el cementerio del pueblo, acompañando al cuerpo la mayoría de los vecinos. Cuando esto sucedía Cipriano y sus amigotes celebraron la desgracia, con risotadas y alusiones al muerto, como que se había salvado de la bravura del matón y que aún él debía ajustarle cuentas, ya que el desaparecido había sido un cobarde. Hasta medianoche siguió el festejo, momento en que nuestro personaje ya alcoholizado avisó que entraría al cementerio y clavaría su puñal en la tumba de Medina. Intentaron disuadirlo por el frío de la noche y lo avanzado de la hora, pero nada lo detuvo. Así fue. Acompañado por su séquito hasta la puerta del cementerio, él ingresó decidido y un poco tambaleante llegó hasta la tumba de su enemigo, profiriendo una maldición le dijo gritando - ¡Te mato otra vez!- al tiempo que clavaba su cuchillo en la tumba. Riéndose se dio vuelta y se dirigió hacia la entrada del lugar, pero sintió que era retenido, - ¡Qué pasa gritó!- e hizo fuerza para desasirse, pero cayó al suelo agarrado por la mano del muerto, según creyó. -¡Medina, hijo de puta! Alcanzó a decir, mientras sentía una fuerte puntada al corazón y rodaba muerto. Al escuchar los gritos, sus amigos ingresaron al cementerio y vieron como el puñal de Cipriano al poner su cuchillo en la tumba violada, también había clavado su poncho, que lo retuvo cuando trató de irse.

## **LA LAGARTIJA**

Añoraba, en el destierro obligatorio, dado por la pandemia, las amadas serranías cordobesas. Día a día, mi mente regresaba a la casa de piedra, enclavada en alta meseta. Repasaba el amplio parque, me sentaba bajo los árboles preferidos, oía el rumoroso correr del agua en las acequias,



acariciaba las dormilonas acacias, cuyas hojas se pliegan al anochecer. Prendía fuegos. Visitaba amigos. Soñaba, en esta fría ciudad, sentado en un balcón, que la mano verde de mi amada, vistió con flores y otras plantas. Bosque urbano, para quien imagina montes, cerros, valles y ríos. Horizontes cercanos de cemento, que transformaba en lejanías azuladas, vestidas de hermosos atardeceres. Pájaros y otros animales recordaba con cariño, en estos tristes días. Así discurría, solitario, sentado en el balcón, cuando, de improvisto, sentí que alguien me miraba. Agudicé la vista y la encontré a ella. Disimulada en la reducida espesura, selva para su tamaño, una hermosa y pequeña lagartija verde, curiosa me observaba. Sostuvimos un rato la mirada y, luego, continuó con su tarea alimenticia, seguramente encontrando insectos en esa flora. Diminuta es, pero grande la alegría de encontrar una parienta, de aquellas que pasean por mis tierras.

2012 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)